

REVISTA TEOSOFICA

Organo de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica

FUNDADA EN 1905

Director: RAFAEL DE ALBEAR

Administrador: GUILLERMO ORDÓÑEZ

Dirección y Admón.: Oquendo 14, altos. Apartado 365. Habana.

PERMANENTE

La Sociedad Teosófica es responsable soamente de los documentos oficiales insertados en la Revista Teosófica. La Secretaría General es responsable de los artículos no firmados; de los artículos firmados con el nombre o iniciales son responsables sus autores o en su defecto sus traductores. Advertimos a nuestros lectores, para evitar errores y confusiones, siempre desagradables, que la única, legítima y verdadera Sociedad Teosófica, que fué fundada en 1875 por Helena Petrowna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar. (India Inglesa,) y que esta Sección Cubana que forma parte de ella, tiene sus Oficinas en la Habana, Oquendo 14, altos, no teniendo relación ni conexión con cualquiera otra Sociedad que emplee términos relacionados con la teosofía, o diga que profesa sus doctrinas.

AÑO VI.—No. 3.—15 DE MARZO DE 1922.—2da. EPOCA



Sección Oficial

Vencido en esta fecha el plazo para el pago de las cuotas anuales, ruego a las lógias y miembros que todavía no han cumplido con este deber, que cuanto antes se sirvan enviar sus cuotas correspondientes.

Rafael de Albear.

Secretario General.

NUEVA LOGIA

Tenemos la satisfacción de contar con tres nuevas lógias, fundadas en la Isla de Puerto Rico. Con fecha 12 del corriente se han expedido las correspondientes Cartas Constitutivas, con los nombres de "Alecione", en Aguadilla; Presidente, el Sr. Néstor Vincenty y Secretaria la Srita. Engracia Cerezo; "Fraternidad" en Moca, presidida por el Sr. Aristides Maisonave, y siendo su Secretaria la Sra. América Guzmán de Ruíz; y "Lux ex Tenebris", también en Moca, siendo su Presidente el Sr. Antonio Bosques y Secretario el Sr. Ramón F. Vazquetelles.

Enviamos a todos nuestros hermanos de la Isla hermana, nuestra cordial felicitación por esos progresos, y nuestros votos por su constante adelanto.

EL IDEAL TEOSOFICO

Por la Sra. ANNIE BESANT

Conferencias dadas en el Gran Teatro de los Campos Elíseos
el 24 y 25 de Julio de 1921

SEGUNDA PARTE

Hermanos y hermanas:

Permitidme ante todo agregar algunas palabras a lo que dije ayer con respecto a la educación, para extenderme sobre el punto de la educación moral.

La educación moral del niño debe comenzar desde el momento en que se manifiesta su instinto de ayudar a los demás.

Vosotros sabéis que un niño está siempre deseoso de tomar parte, en la débil medida de sus medios, en lo que hacen las personas mayores: si la criada está cocinando, él quiere ayudarla; si la madre lleva un paquete, las manitas del niño se tienden inmediatamente para tomar su parte en la carga. En todos los niños se manifiesta este instinto profundo de que el individuo debe llevar su ayuda a los otros. Este instinto es el que debe servir de base para la educación del niño, instinto que él trae consigo al nacer, como continuación de sus experiencias en el mundo superior, en el mundo del mental, que nosotros llamamos el Devachan y que los cristianos llaman el Cielo.

El niño debe recibir sus primeras lecciones de "servicio" en el seno de la familia, en su casa; después, este instinto de servicio se desarrollará en la escuela, donde el niño aprenderá bien pronto que si sus compañeros son felices, el también es feliz y si por el contrario, el es egoísta y quiere tomarlo todo para sí mismo, se encontrará aislado y desgraciado. Y así, por el ejemplo y por la práctica, el niño aprende que la dicha del hombre depende de los servicios que presta a los otros, que esta dicha se le escapa siempre que trata de apoderarse de ella, y que solo se realiza haciendo dichosos a los demás.

Al lado de esta ley de servicio, base de toda moralidad que el niño aprende muy pronto, ya en la casa, ya en la escuela, hay otra cosa que igualmente debe aprender, y es a ser un buen ciudadano. A este efecto es necesario enseñarle que, cuando un cierto número de personas están reunidas, no pueden trabajar para un fin común sin obedecer a aquel que dirige, a aquel que guía.

Esta enseñanza es desde luego mucho más fácil de dar por medio del juego que hacerla entrar en su joven cerebro por me-

dio de preceptos: el niño aprende bien pronto que, si él quiere ganar el juego, es preferible jugar por el honor de la Escuela y del grupo, más bien que por el suyo propio, y por esto él llega a reconocer que todo grupo que desea trabajar por algún fin común debe organizarse bajo un jefe que dirija. Careciendo de jefe, la colectividad no puede hacer nada; no hay en ella esa cohesión, ese compañerismo necesario para todo éxito. Y por el juego el niño también reconoce que un jefe designado, sea por elección, sea por nombramiento, debe ser obedecido, so pena de no poder realizar el ideal perseguido. La lección así enseñada es tan natural, tan sencilla, que es preferible darla alegremente en el terreno de los juegos, más bien que con preceptos secos y máximas duras contra las que el niño puede ser llevado a sublevarse.

Por todas partes actualmente, existen jóvenes de ambos sexos organizados en cuerpos de exploradores, que nosotros llamamos en inglés "scouts"; estos jóvenes "scouts" se dedican al servicio, prometiendo efectuar cada día un acto de servicio; ellos llevan al cuello una cuerda con un nudo que anudan en el momento de prometer efectuar un acto de servicio durante el día, y que desanudan cuando han cumplido su promesa. Pero cuando se comienza así a prestar un servicio cada día a alguien, sin pretender nada en cambio, se toma poco a poco el hábito de no contentarse con un solo acto de servicio, y poco a poco son todos los actos de su vida dirigidos al bien que se puede hacer a sus semejantes sin buscar ninguna recompensa. Al mismo tiempo, estos jóvenes adquieren hábitos de disciplina, de obediencia, de servicio, que son la base por la cual se llegará a ser un buen ciudadano para su patria, y después, para la Humanidad. En estas agrupaciones de los scouts tenemos una imagen de la Sociedad de las naciones; cuando aquellos que componen esas agrupaciones lleguen a ser hombres y mujeres, la Sociedad de las naciones, tan bella como ideal, llegará a ser una realidad; en ellos es preciso ver el comienzo de la verdadera Sociedad de las naciones, destinada a poner fin a todas las guerras y a no permitir la rivalidad entre las naciones como no sea en las obras de la paz.

Yo no sabré recomendaros bastante este movimiento de las agrupaciones de exploradores, que es el embrión de una verdadera fraternidad internacional. Esto es lo que yo quería agregar a propósito de la educación moral: es desde la casa, desde la escuela, de donde debe ser instaurada esta vida de amor y de paz internacional tan necesaria para el progreso del mundo.

Del niño de que hemos hablado, pasemos al hombre, a la mujer, y preguntémonos de que modo pueden ellos actuar para crear el hombre perfecto, aun en un porvenir lejano.

El primer medio es realizar, por la meditación, la concentración del mental, de manera que éste no sea más inquieto, errante, sin reposo, turbulento como el mental corriente.

Si por un instante queréis fijar la atención sobre vuestra propia conciencia, comprobaréis fácilmente que vuestros pensamientos son muy errantes, que van y vienen fuera de vuestro dominio, que a veces un pensamiento que no deseáis surge en vuestro cerebro sin que podáis desalojarlo de éste. Muy raramente comprenden, hombres y mujeres, que el cerebro debe cerrar sus puertas a estos pensamientos errantes, a estas formas-pensadas de otros, que nos rodean. Algunos pueden ser buenos, pero otros son malos, y si la puerta del mental permanece abierta, ellos transitan libremente en vuestro espíritu.

Debéis, pues, analizar los pensamientos que se presentan a vuestro espíritu, acoger favorablemente los buenos y rechazar los malos. Viviendo necesariamente en este mundo, rodeados de toda clase de personas, debéis tratar de cerrar la puerta a los pensamientos que no podáis utilizar en vuestro propio desarrollo. En otras palabras, es absolutamente necesario dominar el mental inferior, conquistar el poder de decirle: "piensa en esto, no pienses en aquello". De otra manera, estaréis a merced de vuestro mental; no seréis su dueño, su gobernante; seréis su esclavo.

Es probable que alguna vez no hayáis podido dormir por la noche porque ciertos pensamientos os atormentaban, y no podéis desecharlos, no podéis decirles: "Idos, yo quiero dormir". Dáis vueltas en el lecho, tratando de huir de esas ideas perturbadoras y sin poder cerrarles la puerta. Es necesario absolutamente dominar el mental; él debe ser un instrumento para vosotros y no vuestro dueño.

Así una de las primeras cosas que hay que hacer cuando se quieren utilizar las leyes del pensamiento a fin de desarrollar su inteligencia, es meditar a voluntad, ponerle un freno al mental a fin de que os obedezca, que permanezca tranquilo cuando se lo ordenéis, y que se fije en un pensamiento a vuestra voluntad. Si cada día os obligáis a meditar durante cinco o diez minutos, encontraréis que poco a poco se desenvuelve en vosotros una conciencia más elevada; esta conciencia es el intelecto, el mental superior, y comenzaréis a pensar en este intelecto y no en el mental inferior.

Al mismo tiempo, comenzaréis a sentir que vuestro yo es verdaderamente un aspecto del espíritu, un aspecto del dios innato y no una entidad inferior; sentiréis que este yo es vosotros mismos, con sus tres expresiones de voluntad, realización, intelecto; lo que nosotros llamamos el yo inmortal, el Dios innato. Pero como ya he dicho, solamente por la meditación podéis realizar esta gran verdad, verdadera para cada uno, pero que la mayoría de los hombres ignoran.

Después de esta meditación en la que el pensamiento viene a ser realmente creador, podréis utilizar vuestro mental en formar vuestro carácter; esta es, ya lo sabéis, una de las más importantes lecciones de la teosofía. Si, al analizar vuestro ca-

rácter, encontráis debilidades, como todos las tenemos, es necesario reconocerlas, pero enseguida guardarse de dejar el pensamiento reposando sobre ellas, por que siendo el pensamiento creador, sus fuerzas no harán más que acrecentar vuestras debilidades convirtiéndolas en vicios; al contrario, reconocida una debilidad, es preciso elegir una virtud opuesta y concentrar sobre esta virtud el poder creador del pensamiento.

Una sola experiencia hecha sobre sí mismo, vale más que todos los preceptos que os puedan enseñar: elejid una virtud que no poseáis todavía, o que esté imperfectamente desarrollada en vosotros; cada mañana, durante tres o cuatro minutos, concentrad vuestro pensamiento sobre esta virtud, y poco a poco este pensamiento se habituará a volver al cerebro en el transcurso del día, sin que vuestra voluntad entre en juego, y, a partir de este momento, esa virtud empezará a implantarse en vuestro carácter; y si continuáis la meditación durante semanas, meses, o quizás años, llegaréis a introducir tan completamente esa virtud en vuestro carácter, que la practicaréis sin la intervención de vuestro mental.

Haced esta experiencia: ella os convencerá, mejor que todos los libros, que es absolutamente cierto que el hombre llega a ser lo que él piensa. Cuando podáis hacer esto, estaréis en camino hacia la perfección del alma, pero en camino solamente: habéis encontrado el medio de construirs un carácter perfecto.

Todavía hay otra cosa a la que debéis prestar mucha atención: es practicar siempre la libertad de vuestro pensamiento. Si queréis verdaderamente elevaros en la evolución, no debéis creer aquello que no sabéis, no debéis aceptar una idea que no hayáis examinado: no hay límites que puedan restringir el pensamiento humano.

Cuando el pájaro se eleva más y más alto en su vuelo, llega un momento en que el aire está de tal modo rarificado que ya no ofrece punto de apoyo al batir de las alas; lo mismo, la inteligencia puede elevarse a tal altura que llegue un momento en que no pueda batir sus alas. Pero hasta este punto es libre de volar. No hay límites artificiales impuestos al pensamiento humano; solamente tratando de pensar es como vosotros podéis desarrollar el poder de pensar, y no hay asunto por sagrado que sea, ni idea bastante elevada que no podáis examinar por el intelecto. Pero en vuestro camino, podéis encontrar ideas que no comprendéis: no debéis decir que creéis en esas ideas.

Es necesario comprender este gran hecho enunciado por una antigua escritura hindu: que la naturaleza del intelecto es la verdad; dicho de otra manera, vosotros tenéis en el intelecto como una nota de música que responde a la verdad y que está en desacuerdo con lo que no es verdadero. Esto equivale a decir que si podéis comprobar como cierta una verdad, es solamente porque todavía no estáis bastante desarrollados para responder a ella. Hay rayos de luz tan brillantes, que el ojo, deslum-

brado, no puede percibirlos; es posible que nosotros experimentemos el mismo fenómeno en la búsqueda de la verdad; si, al contrario, respondéis a una verdad como dos notas de medida idéntica vibran juntas, entonces sabéis que esa es la verdad. No hay en esto nada que obligue; el intelecto no puede obedecer más que a la verdad; no es a la verdad de otro, sino a la verdad, a la que el intelecto puede responder por sí mismo.

Cierto es que nosotros cometemos errores a veces, que no podemos responder a alguna gran idea verdadera; pero estos errores obedecen simplemente a que no estamos todavía bastante evolucionados para responder a la verdad que se ofrece a nuestros ojos. Nuestros ojos en ese momento, son todavía ciegos, y nada se ganaría con decir: "yo veo", si no se ve nada; o "yo creo" si no se comprende. Solo por los esfuerzos que hace para reconocer la verdad, se desenvuelve el intelecto.

Por lo tanto, debéis examinar con valor cada idea nueva, y no rechazarla sin haberla estudiado; cada idea que se os presente, miradla frente a frente, analizadla, y si los resultados de vuestro análisis no son suficientes para aceptarla suspended vuestro juicio: no es necesario tener una opinión sobre todas las cosas en el mundo: no tengáis temor de decir "yo no sé", "no comprendo", "no tengo opinión sobre este asunto". Sin embargo, por motivos que yo no comprendo, no gusta decir que no se comprende: ¿porqué? No es posible saberlo todo, ni tener opinión sobre todos los asuntos, y si podéis decir francamente: "yo no sé" es muy posible que esta declaración os ayude a encontrar la respuesta.

Veid la mejor manera de desarrollar el intelecto: en cuanto a todo lo que dicen los libros, no lo aceptéis si no lo comprendéis; leed, analizad, tratad de comprender. No hay una autoridad en la Sociedad Teosófica, no hay un escritor, ni un orador, que tenga el derecho de decir a un teósofo: "debéis aceptar esto porque lo digo yo". Si, en el transcurso de una discusión, un contradictor expresa una idea agregando que Mad. Blavatsky, o Mr. Leadbeater, o Mrs. Besant lo ha dicho, contestad enseguida: "yo soy quien debe decir si lo acepto o nó". El mayor peligro que puede correr la S. T. sería que se estableciera una ortodoxia teosófica.

Nada de eso, como sabéis, existe entre nosotros. Somos estudiantes que tratamos de avanzar por el camino de la verdad, y no queremos elevar obstáculos en este camino, ni aun amparándolos con los nombres más honorables, más venerados entre nosotros. ¿Puedo recordaros las palabras del señor Buddha sobre este asunto? El, que realmente era la sabiduría encarnada, decía a sus discípulos: "No creáis porque lo leéis en los libros no creáis porque otros crean, no me creáis a mi mismo, porque yo lo digo". Si Buddha ha hablado así, yo no creo que seres inferiores a él pretendan colocarse más alto y decir: "cread, porque lo digo yo".

Así pues, tratad siempre de pensar por vosotros mismos, y aun cuando estéis solos, pensad de esta manera; vale más un error tratando de ejercitar su propio mental, que repetir con los labios grandes verdades que no están en el cerebro ni en el corazón.

Después de este gran principio de la libertad del pensamiento, otro principio se nos presenta que es el resultado del primero, y es la tolerancia. Desde luego, esta es una palabra que me agrada mucho, porque, muy frecuentemente, cuando se practica esta gran virtud, se hace pensando: "verdaderamente, tengo piedad de vos; no sabéis esto, yo sí lo sé; no podéis comprenderlo, yo sí lo comprendo; pero yo no quiero discutir con vos, y os permito pensar diferentemente". Esto no es la tolerancia, es más bien una falta de cortesía.

¿Qué es, pues, la verdadera tolerancia? Es reconocer que en cada persona, el yo hace su propio camino, el camino que le conviene mejor. Cada uno de nosotros, decimos frecuentemente, es una parte del alma universal, y cada parte de esta alma tiene sus facultades, sus posibilidades que se desarrollan en el camino de la evolución; solamente quien conoce su propio camino es quien puede elegirlo y marchar a través de todos los obstáculos hasta alcanzar su fin.

Ejercer la tolerancia es, pues, respetar el yo que se reconoce en cada uno sin tener la arrogancia de dictarle lo que debe pensar y hacer; nuestro deber es ayudarle si podemos, pero sin imponerle jamás nuestra propia voluntad o nuestras ideas. Cada uno de nosotros se ha trazado un camino del cual es él el resultado: todos los caminos son diferentes, todas las experiencias son diferentes, las facultades se desarrollan en un orden diferente; todas estas divergencias que se encuentran en los seres humanos son el resultado del camino elegido por el yo, y como en nuestra totalidad, no en nuestra separatividad, nosotros podemos reflejar la imagen del alma suprema, son estas divergencias las que enriquecen la humanidad; no es la identidad lo que se busca, sino la variedad. En toda la naturaleza no se encuentran dos objetos absolutamente idénticos, ¿porqué, pues, querer encontrarlos en la humanidad, la más complicada de todas las cosas?

Así, la tolerancia no es la compasión, la piedad; es el respeto del yo en otro ser, sin que a ello se una ninguna idea de orgullo o de superioridad; es el respeto que debemos a todo ser humano, el derecho que le reconocemos a encontrar y seguir en su propia naturaleza el camino que le convenga.

Y entonces ¿cuándo el hombre será perfecto? Yo no puedo decirlo de la fecha, pero sí lo que es ser perfecto.

Se es perfecto cuando el dios innato reina como gobernador inmortal sobre todo el ser humano, cuando el dios innato se revela y el hombre no tiene necesidad de leyes exteriores, porque la ley está en su corazón y todas sus acciones son dirigi-

das por una voluntad que está de acuerdo con la voluntad suprema. En ese momento el hombre ha llegado a la perfección humana, y está presto a comenzar la otra etapa de este incesante progreso, la etapa super-humana. Es cierto que todos nosotros llegaremos a este estado, pero ¿cuándo?

Al principio, he hablado del hombre perfecto en la Sociedad perfecta: ¿qué decir de la sociedad humana? ¿podemos encontrar principios con los que ella también pueda avanzar hacia la perfección?

El verdadero modelo de una sociedad humana debe ser la familia, donde el amor hace las leyes, donde el amor acepta todas las obligaciones, donde el amor enseña los deberes de unos hacia otros. En la familia se encuentran los mayores, el padre, la madre, los contemporáneos, los hermanos y hermanas, los más jóvenes, los niños, los criados, los menos evolucionados en una palabra. Este es el cuadro de la sociedad en la que se encuentran en las grandes etapas de la evolución, los seres que no son iguales ni en capacidades ni en desarrollo.

Bien sé que por todas partes se encuentra la palabra "igualdad" inscrita entre las dos palabras "libertad" y "fraternidad", pero ¿quién no vé que, en la naturaleza, los hombres no son iguales, que unos están dotados de grandes capacidades, mientras que otros tienen muy pocas, que uno tiene una gran voluntad y otro casi carece de ella, que hay genios y hay idiotas, hay buenos mozos, vigorosos, y raquíticos?

Todo lo que se puede decir, pues, con respecto a la palabra "igualdad" es que la sociedad tiene el deber de crear las circunstancias que da a cada uno las ocasiones de desarrollarse, y que los más fuertes, los más viejos, los más desarrollados no deben tiranizar a los débiles, sino ayudarles a ser fuertes. El papel de los fuertes en la Sociedad es dar sus fuerzas a la sociedad y no servirse de ella para adquirir privilegios y poder.

En la familia se reconocen y se practican estas leyes: nadie tiraniza al débil niño; más bien es él quien, a veces tiraniza a toda la familia. Pero estad convencidos de que si la comida es escasa no son los padres quienes la guardan para sí; ellos siempre se sacrifican por sus hijos. En la familia es pues el amor quien reina, la dedicación de los fuertes a los débiles. Permittedme, a este respecto, recordar la frase de un gran pensador, frase que todavía no hemos comenzado a realizar: "A cada uno según sus necesidades; de cada uno según sus capacidades". Esta es, precisamente, la ley de la familia.

Este es al mismo tiempo el principio de la fraternidad, es el esfuerzo de cada uno para venir en ayuda de los que no son iguales a otros en la naturaleza, para estar prontos a ayudarles, a elevarlos a un nivel superior; el amor en la familia viene a ser una de las virtudes de la sociedad cuando estos lazos que forma el amor entre los hermanos, entre los hijos y los padres, vienen a ser deberes hacia la Sociedad, comprendiéndose en la

palabra "sociedad" a la ciudad, la provincia, la patria, la humanidad. Tal es nuestro objeto. Nosotros sabemos que esta emoción de amor particular, espontánea entre los miembros de una misma familia, debe llegar a ser universal, permanente, transformarse en una virtud y no permanecer simplemente como una emoción.

En fin, en la Sociedad se encuentran todas las leyes, todas las obligaciones de que ayer he hablado a propósito de la educación; pero queda una de la que no he hablado todavía, y por la que el mundo existe es la **ley del sacrificio**.

En todos los reinos sub-humanos se encuentra esta ley; en el reino mineral, en el reino vegetal, en el reino animal, por todas partes las vidas son sacrificadas a otras vidas. Sin el sacrificio, el mundo no podría existir. Pero en todos estos reinos inferiores esta ley está impuesta desde fuera; cuando se estudia al hombre, por el contrario, se encuentran en él dos naturalezas diferentes: la naturaleza del animal del que proviene, y la naturaleza hacia la cual él evoluciona, hacia la que tiende cuando esta naturaleza comienza a divinizarse.

En el pasado, la ley del sacrificio ha sido impuesta por los fuertes a los débiles; los más fuertes sacrificaban a los más débiles para satisfacer sus deseos, sus privilegios, sus necesidades de enriquecerse. Pero la naturaleza divina exige otra cosa. Ella no encuentra la dicha en sacrificar a otros para sí misma; sino más bien sacrificándose ella misma para los otros; llegará un tiempo en la historia humana, cuando esta naturaleza divina se despierte en los seres humanos, en que se realizará el gran ejemplo del Salvador del mundo, dándose por los otros, sacrificándose se por los otros, y encontrando su dicha en el sacrificio.

Es la naturaleza inferior y material la que sufre en el sacrificio porque ella está nutrida de una materia que le es propia, pero cuando la naturaleza divina comienza a dominar al ser humano, cuando el alma del hombre, el dios innato de que ya he hablado, se revela, entonces la dicha comienza a encontrarse en el sacrificio de sí mismo por los otros, y no en el sacrificio de los otros para sí mismo.

La verdadera ley del sacrificio es que aquellos que son fuertes deben sacrificarse por los que son débiles a fin de comunicarles la fuerza, la energía, el poder que los elevará al nivel ocupado por los fuertes mismos. Si los fuertes se imponen a sí mismos esta ley del sacrificio sin esperar a ser obligados por una rebelión de los aflijidos, si verdaderamente ellos aceptan esta ley y se someten a ella de buen grado, si ellos comprenden que el alma vive dando y no tomando, este sacrificio voluntario en beneficio de la dicha de otro, hará una Sociedad que poco a poco llegará a ser perfecta.

Es el deber de los teósofos tratar de amoldarse a tal sacrificio y darse por completo para venir en auxilio del mundo.

EVANGELIO DEL MAESTRO

(Por Francisco Vincenty)

Trataré de hacer que mis alumnos conozcan y sientan la presencia de Dios en la Naturaleza.

Procuraré reconocer y estimular en ellos el poder para "amar" y "servir".

Guardaré el más profundo respeto a la libertad y espontaneidad del niño.

Mi mente estará ocupada siempre por pensamientos de bondad, ayuda y benevolencia hacia mis alumnos.

No me incomodaré ni impacientaré jamás.

Daré constantemente ejemplo de buenos modales y perfecta limpieza.

Tendré siempre presente que cada niño es una entidad espiritual evolucionante, y que no hay dos que se encuentren exactamente a idéntica altura moral e intelectual.

Jamás hablaré ni permitiré a mis alumnos hablar mal de nadie. Enseñaré a reconocer lo bueno de toda persona.

Enseñaré a reverenciar la virtud en donde quiera que ésta se destaque.

Jamás usaré el castigo corporal ni el colectivo.

No despertaré la rivalidad entre mis alumnos.

Oíré siempre las razones de mis alumnos, y cuando fueren lógicas y verdaderas serán indefectiblemente atendidas, sean cuales fueren las reglas que puedan aparecer vulneradas.

Jamás usaré el sarcasmo como medio disciplinario.

Saludaré a mis alumnos cuando los encuentre fuera de la escuela.

Trataré de apreciar y reconocer el "esfuerzo" hecho por el alumno antes que el "resultado" obtenido.

El ideal de mi escuela será abolir toda clase de castigos, enseñando a los niños a gobernarse a sí mismos.

Haré que mis alumnos aprendan a gustar el placer de hacer el bien a los demás.

Les enseñaré a respetar las opiniones adversas y a mostrar absoluta tolerancia por las creencias y doctrinas filosóficas o políticas de los demás.

Les enseñaré que es más meritorio y justo reconocer y proclamar el mérito del adversario que el del amigo.

Haré que el vencedor en los juegos dé muestras de su genero-

sidad con el vencido, y que éste no dé albergue a sentimientos de envidia o rivalidad contra el primero.

Dirigiré mi escuela por medio del amor y el interés.

Consideraré como mi más sagrado deber tratar de mejorar al niño desobediente, díscolo o de malas costumbres.

Atenderé al interés o conveniencia del niño antes que a ningún otro motivo.

Estaré siempre dispuesto a rectificar honradamente cualquier equivocación que haya podido cometer en mi relaciones con los niños.

Cultivaré sistemáticamente la más refinada cortesía y respeto en las relaciones entre niños y niñas.

No estaré nunca de mal humor, ni me presentaré en la escuela el día en que, por cualquier causa, mi espíritu esté contristado, abatido, irritado o dominado por cualquier vibración pasional o enervadora.

Enseñaré a mis alumnos a discutir con serenidad y cortesía el pro y contra de todo asunto.

Diariamente habré de dirigir la palabra y cambiar algunas frases con cada uno de mis alumnos: ni uno solo debe ser olvidado.

Si la clase no atiende debidamente a mis explicaciones buscaré la causa en mí mismo antes que en los niños.

Tendré mucho cuidado de aniquilar a tiempo todo germen de orgullo y vanidad.

Haré que la escuela sea considerada como el segundo hogar del niño.

Organizaré sociedades recreativas, literarias, caritativas, etc., que desarrollen el aspecto social de la escuela.

En mi escuela deberá haber mucha limpieza, mucho aire, mucha luz y mucha alegría.

Jamás saldrá de mis labios una palabra agresiva o desdorosa para nadie, pero mucho menos para mis compañeros maestros, con quienes mantendré en todo momento las más fraternales relaciones de amistad y compañerismo.

Al juzgar al niño trataré antes de ponerme mentalmente en el lugar y circunstancias.

Prefiero ser engañado por un niño antes que admitir la posibilidad de cometer una injusticia considerando culpable al inocente.

NUESTRA DEMORA

Por interrupciones sufridas en los linotipos nos ha sido imposible publicar este número a su debido tiempo. Rogamos a nuestros suscriptores que nos disimulen esta demora.

FRATERNIDAD

Guerra de Clase

Conferencia de Annie Besant a los miembros de la Sociedad Teosófica
en Londres, en 22 de Noviembre de 1919.

(Continuación)

Era la idea general de todos los grandes aventureros mercantiles de los tiempos de Isabel, Jaime y Carlos II, de que ellos tenían un derecho inherente a invadir los países no cristianos, y a conquistar a los habitantes, y hasta a matarlos con frecuencia. Todas esas expediciones fueron hechas por los esfuerzos de hombres de espíritu muy valiente y aventurero, que obtuvieron sus cartas de autoridad de los Reyes y Reinas, y de los Monarcas en general, sin dificultad, y las utilizaron para emprender sus expediciones filibusteras. Reunían sus barcos y se hacían a la mar con unos cuantos de ellos, hombres como Sir Walter Raleigh, Sir Francis Drake, y otros como ellos, los cuales saquearon y tomaron posesión de las tierras que encontraron. Según los títulos y las cartas de la época, se les prometían cuantas tierras conquistarán en que no hubiesen Monarcas Cristianos. Donde había un Monarca Cristiano, se suponía que la tierra era suya, que le pertenecía, y por lo tanto, podía disponer de ella a su antojo, siempre que fuese Cristiano. Pero suponiendo que encontrasen un gran país extranjero civilizado, como India, que estaba regida en esa época por Akbar, mucho más tolerante e ilustrado que María e Isabel, pero que no era un monarca cristiano, entonces ya podían saquearla. A ellos no les importaba el asunto referente al derecho y a la justicia. Si él no era Cristiano, se le imponía el Cristianismo a sus habitantes, aunque fuese necesario hacerlo por medio del asesinato y la matanza y la violación de los tratados, porque había que pensar más en las almas que en los cuernos; y se suponía que eran salvados y habían de ser más felices en lo sucesivo si eran convertidos y morían en manos de un Cristiano, al menos según y conforme el argumento teológico.

Esos hombres—y no hablo en ningún sentido de crítica seria; eran hombres notables, de conciencias no muy evolucionadas, pero no hay que vituperarlos por ello mucho, porque ese era el sentir de la época respecto a los pueblos no-cristianos, y no se debe criticar a un individuo porque no esté más adelantado o tenga más conciencia que la generalidad de sus contemporáneos. Había entonces un número enorme de personas reducidas a una esclavitud completa, si no le daban muerte de primera intención. Además, recordaréis que Australia era una estación penal, muy parecida a las Carolinas, y allí eran enviados aquellos que infringían o se rebelaban contra las leyes de Inglaterra. Así se fué desarrollando una sociedad bastante rara, pues eran deportadas dos clases de criminales. La mayoría la componían rufianes, pero algunos de ellos eran espíritus de alta cultura intelectual y hombres amantes de la libertad. Recordad que en esa fecha y algo más tarde, cuando Thomas Paine escribía, por ejemplo, era contrario a la ley tener un ejemplar de “Los Derechos del hombre”, y si se descubría, su poseedor era sentenciado a la deportación perpetua; algunos herejes políticos escoceses, algunos de ellos realmente admirables, fueron deportados por tener esos libros, nada más, que por eso, lo cual era una demostración de su instrucción y de su amor a la libertad. Pero la gran mayoría se componía de convictos comunes, toscos y brutales, nada buenos en absoluto, que bastante tiempo tardó antes que Australia quedase libre de ellos. Al principio parece que se entretenían en matar a los aborígenes al igual que a los animales. Es cierto que los nativos no eran mucho más que animales, si se exceptua la forma de sus cuerpos, con muy poca inteligencia, apenas sin memoria alguna; eran del tipo más inferior, restos de los Lemurianos o lemures. Me siento inclinada a creer, por más que no lo sé, que muchísimos de ellos han regresado. Fueron expulsados del mundo en contacto con nuestra civilización, y son traídos otra vez en medio de la misma civilización; y regresan como criminales congénitos, y también los aborígenes y gentes de otras islas, y convictos,—individuos que fueron tratados como bestias salvajes, cazados apenas eran vistos.—y convictos maltratados brutalmente de un modo increíble. Nosotros fuimos responsables por arrebatarles la vida en aquella fecha, y ellos vuelven hacia nosotros. Descartando a esos, por no ser realmente la mayoría, y tomando la población en general, están ahora en un nivel mucho mejor que nunca.

Tratando ahora sobre el Feudalismo, la Autocracia y todas las formas en las que se halla un cierto número de hombres superiores indudablemente a aquellos a quienes dirigían, se ve que fueron útiles en alto grado en esa época. Como sabéis, existe la tradición de los Reyes divinos, que lo eran por derecho divino, Reyes que realmente guiaban, ayudaban e instruían a naciones que eran ciertamente infantiles. En esos rei-

nos primitivos, el Rey era realmente superior al pueblo que gobernaba, y por lo tanto, nadie discutía el derecho que tenía a gobernarlo. Era considerado en todos sentidos, como decía una Escritura, "como hecho de partículas de los Dioses". Todas las civilizaciones primitivas vinieron de estos Gobernantes, la primitiva religión de Egipto, la de Méjico, la del Perú y la de la India: el total de éstas procedieron de hombres y mujeres altamente evolucionados, muchos de los cuales fueron Iniciados y son responsables de las particularidades de la civilización. De aquí puede decirse lo que Bernonf dijo en Egipto, que "ellas surgieron completamente desarrolladas sobre el tablado de la historia, como Palas Atenea surgió del cerebro de Zeus". Y esto es fácil de entenderse supuesto que vosotros ya sabéis la clase de gente con la cual trataban aquellos Gobernantes tan sumamente adelantados,—gente sencilla, obediente, bien dispuesta a recibir instrucción, y en esa época era una verdad indiscutible en todas las naciones, que "la autocracia de los Sabios era la salvación de los imbéciles", generalización esta que tiene su alcance hasta sobre el futuro; pero no es practicable cuando se trata de una nación moderna de las corrientes, donde no hay hombres que se destaquen lo bastante para auxiliar y guiar a las almas infantiles.

De cómo gobernaron aquellos poderosos autócratas ahí están patentes las ruinas de las maravillosas civilizaciones que crearon. civilizaciones que se perciben obscuramente "en el azul infinito del pasado". Ese pasado, pasado se queda. Ahora las civilizaciones están en lo que podríamos llamar la edad madura de la humanidad, y necesariamente, cuando se ha crecido y se ha llegado a cierta edad, se intenta manejar los asuntos propios.

Ahora bien, en países donde el Feudalismo duró demasiado, como en Francia que llegó hasta el siglo dieciocho; en Alemania, en Austria, y hasta en cierto punto aún en Hungría, hasta nuestros días, y en una forma tosca en Rusia,—en todas ellas la tiranía sobre el pueblo llegó a tal grado que, se hizo naturalmente instintiva la sumisión en las clases inferiores, porque no había en ellas ni mentalidad ni intelecto; mientras que en aquellos pueblos donde las inteligencias estaban alerta y se les negaba expresarse, esa tiranía prolongada produjo ira, creó odio y rencor, que eran inevitables, y de ahí nació esa forma de Socialismo, en el cual el odio es principalmente el alma. Y así habéis formado allí, primordialmente por el rencor, es estado mental en el pueblo que lo predicaba, que solo deseaba substituir a la tiranía de uno sobre muchos, la de la mayoría sobre la minoría. Ciertamente que esto es natural al principio; pero la Gran Jerarquía que gobierna al mundo, no busca tiranía de ninguna clase, ya sea de una persona o de un conjunto de personas sobre otras, sino que tiende a elevar el estado mental de todos igualmente, lo mismo que a la igualdad espiritual.

mostrándose en formas exteriores, como siempre existe en el pensamiento, como hemos de tener a los pueblos educados sobre una base de gobierno propio, tendiendo continuamente a pasar con la menor dificultad posible, y finalmente sin coartación alguna para el individuo perfecto. Presentándolo vulgarmente, es ese el propósito de la evolución humana: alcanzar el estado en que el Dios interno pueda desenvolverse de tal manera que el conducto externo sea controlado desde lo interno, y de ese modo haya desaparecido la necesidad de leyes externas;—que no sea menester la compulsión de la autoridad;—que la Voluntad sea la que guíe, y la ley exterior ceda su lugar al Regidor inmortal interno, cuyo estado será ciertamente el triunfo de la evolución humana en nuestro globo particular. Quiero decir con esto, que los hombres avanzarán y seguirán progresando siempre hasta que lleguen a alcanzar ese fruto superior de la más alta especialización posible en nuestro planeta, que es el objeto de nuestra evolución.

Como ya habéis leído, habrá una enorme aceleración en la Quinta Ronda, porque solamente continuarán viviendo en esta tierra aquellos que sean capaces de alcanzar cierto punto en la evolución humana en un corto espacio de tiempo comparativamente. Un grandísimo número desaparecerá de nuestro globo, es decir, no volverán a renacer, y pasarán a un mundo celestial. La razón consiste en que el resto de su evolución ha de realizarse en cierto tiempo en ciertas etapas, y no han estado ellos tiempo suficiente en la humanidad para realizar esas etapas en tiempo; y por eso, suspenden su evolución humana en este globo temporalmente, y pasan a un estado de gran arrobamiento, a un cielo espléndido, apropiado a las condiciones alcanzadas, y en el cual pueden progresar tranquilamente en una extensión considerable. Son librados del afán y la lucha que caracteriza este rápido progreso por aquellos que son capaces de llevarlo a cabo, cuyo avance no se demora por un progreso despacio, apropiado a las condiciones de las almas más jóvenes. Los más adelantados marchan mucho más rápidamente, sin necesidad de esperar por los menos adelantados, que después de algún tiempo, llegarían a ser un obstáculo demasiado grande en la evolución de aquellos preparados ya para ayudar en la edificación de otros mundos. No puedo seguir dando más detalles sobre esto, ni tampoco es necesario para mi propósito.

Pues bien, en lo concerniente a los que evolucionan de esta manera, es más rápido el desenvolvimiento del Dios interno, y así tenéis la eliminación gradual de la ley externa, que desaparece porque ya no es necesaria, ocupando su lugar lo interno y espiritual, “el Director interno Inmortal”.

No puede ser alcanzado ese estado de un modo repentino, antes de llegar a él hay que pasar por otro intermedio que es el Socialismo; pero éste es de muchas clases y formas y si se establece en el Continente será probablemente como un experi-

mento, lo que se denomina Socialismo Marxiano, en el cual lo que no es injustamente considerado como el "Estado Servil, es substituido por la tiranía del Estado sobre la Nación. La idea más elevada es la de que el Estado, en el sentido del Ejecutivo, debería ser solamente la parte del cuerpo político que pone en ejecución la voluntad del pueblo en todos los diversos departamentos de la vida nacional; al igual que las manos y los pies ejercitan el propósito particular del cerebro, así el Ejecutivo, denominado equivocadamente el Estado, no debiera ser más que las manos y los pies del cuerpo político. No debería idear métodos, sino simplemente ejecutarlos, después de haber sido ideados por el cerebro del pueblo en general, y éste estáé representado en la Asamblea Legislativa. Os presento esto como un ideal que debéis perseguir. Debiéramos tener una Nación en la cual todos los departamentos de la actividad humana estuviesen bien estudiados y organizados, lo mismo que tenemos abogados para ejercer como juristas, médicos para la medicina, maestros para enseñar, todos los distintos órganos, cada uno con su especialidad. Lo mismo que una sola persona no puede hacerlo todo, con respecto a la Nación,—nó al Gobierno,—y hacerlo bien, así también el Estado bien organizado debe tener departamentos que abarquen todo lo necesario para la vida nacional.

Pensad en esto por un momento, en lo que representa toda la Nación dividida en secciones. Ello os recordará enseguida el principio de la Raza Aria, el sistema de castas en la India, cuando lo esencial vuelve a la política social en la cual tenéis orden y previsión. Vosotros mejoraréis en eso porque la gente será arrastrada en otras direcciones por sus propias características, por lo que consigo trajeron, por sus facultades, que hallen mejor expresión, en una línea particular que sirva a la Nación.

En el sistema de Castas tenéis un pequeño número de Arios y otro grande de otros tipos. El matrimonio estaba prohibido con la población extranjera, cuando una mezcla suficiente había traído ya bastantes divergencias para diferenciar los constituyentes de la nueva nación. Luego más tarde, se generalizó la costumbre entre las Castas, esto es, después que hubo diferencias en el pueblo; y entonces no podían ya casarse sino entre los de su misma Casta, por más que el sistema tenía todavía alguna flexibilidad, y era posible aún pasar de una Casta a otra, cuando se marcaban bien las cualidades y se notaba que era inconveniente mantener el exclusivismo. Tened cuidado de no confundir la Casta con la idea de Clase, que es cosa completamente distinta. Podéis hallar muchas clases en una casta. Así veréis, por ejemplo, entre los Brahmanes: un número considerable de sacerdotes; abogados, excesivamente numerosos, ministros de estado, muchos médicos; unos cuantos mercaderes viajantes, gran número de agricultores, y un número considerable de artesanos y obreros, y son ellos muy diferentes de vuestras clases, porque cada uno de ellos es igual a los otros en su

propia Casta. Se reúnen como iguales en las funciones sociales, el agricultor al nivel de príncipe, socialmente, si ambos son brahmanes. Socialmente estarán en un mismo nivel, como hombres entre hombres, cualquiera que sea su profesión, y esa es la enorme diferencia que existe entre la Casta y la Clase; yo no puedo imaginar bien mayor diferencia.

Suponed que tuvieseis aquí ese principio, no guiado por la cuna, como ha resultado ya, sino decidido por las facultades o las cualidades de cada uno, que lo marquen o lo distingan como un tipo. Luego podríais tener personas dirigidas hacia cada departamento, después de un período de buena educación que durara hasta los veinte años, por ejemplo, a fin de que tengan igual cultura, bastante iguales en conocimientos, en pulimento, con suaves maneras adquiridas en común educación. Entonces, ellos natural y libremente escogerían aquella dirección que mejor apropiada fuese a su natural capacidad, y eso, según me imagino, será el regreso del sistema de Castas en un nivel superior. Es muy de notarse que la "Religión de la Humanidad", de Augusto Comte presenta esto, aunque de un modo crudo. Ello significa el orden social.

Este es el punto que yo os propondría, porque vosotros deberíais ayudar a solucionar estos problemas, particularmente ahora, en el presente. Cuando uno piensa en la educación en general, esta elección libre de profesiones de acuerdo con la voluntad de la persona que elige, entonces en un Socialismo que lleva tras sí a la gente hacia varias clases de labor, lo que hacen sin su propio asentimiento, ejercitando los que dirigen la misma tiranía que las circunstancias ejercen ahora sobre ellos, nos parece que volvemos a tener un estado de cosas no deseable. Ese Socialismo Marxista, es probable que vuelva a intentarse en el Continente, cosa que puede ser un experimento de lo más interesante, pero que no es un ideal a que debe aspirarse, porque significa un aumento de subordinación, y un ejercicio de ese dominio igual al del Estado sobre la Nación, en vez de ser simplemente un Ejecutivo de la nación que lo controla y no es controlada. Todavía menos, a la larga podemos tener una buena forma de Socialismo fuera de un país como Rusia, donde han tenido una horrible tiranía, más que en ninguna otra parte, excepto la India, y donde ha habido considerable borrachera e ignorancia. Allí no hay ahora material para una civilización superior, por muy buena que sea más adelante. Son allí más comunistas, porque han conservado mucho de su antiguo sistema aldeano, pero no pueden surgir rápidamente de eso hacia una completa libertad nacional. De ese material no puede hacerse una nación libre y organizada. Los aldeanos, que ahora son propietarios, no quieren abandonar ese pequeño sistema que haría imposible el servicio comunal.

(Concluirá).

El misticismo como método de investigación de la verdad

(POR ROBERTO BRENES MESEN)

UMBRAL

A bordo de un barco americano, en el Mar de las Antillas, entre once y doce de la mañana de un radiante día de Enero de 1913, por la primera vez abrióse mi conciencia a un nuevo mundo, fué como un galardón de luz a seis años consecutivos de meditaciones sistemáticamente conducidas desde 1907. Describir el asombro y el contento que se abalanzaron a mi alma, aquel temblor de todo mi cuerpo, aquel íntimo alborozo que rejuvenecía todo mi ser, requería las ungidas palabras de los místicos hispanos del siglo diez y seis.

Mi vida interior se embelleció como con un nuevo y secreto amor, profundo y correspondido. En una página de mi reflexionario escribí esa tarde estas palabras "Se ha derramado Dios en las entrañas del Univeriso y donde quiera vibra el inmortal fulgor de su presencia".

Se hizo claro para mí el sentido de la fé. La fe es visión de las causas, más allá del velo en que se hallan envueltas las cosas; no es ciega, es vidente; quizás suele no ver las cosas para contemplar las causas; pero esto es más bien ultra visión; no ceguedad.

Aquel día había yo descubierto una verdad concreta—millares de veces descubierta por otros—, no por una serie de razonamientos conscientes o inconscientes, sino por una súbita visión interior. Mi deleite de entonces no hubiera consentido reflexiones de ninguna índole. Paseándome por la cubierta o recogido en el sofá de mi camarote, retraía mi mente a la recién pasada experiencia con el encanto con que el amante acaricia en su fantasía la imagen de la mujer amada. Ese fenómeno significaba para mí el arranque de una nueva vida interior, cualesquiera que fuesen mis actividades en el porvenir. La dica me embargaba por entero.

Pero regresaron los días de reflexión.

Yo había sido profesor de Lógica y polemista. Los más de los tratadistas originales de la Lógica me eran conocidos, y algunos familiares. Conocía pues las exigencias de la Lógica, por una parte, y por otra, poseía inquebrantable certidumbre de las posibilidades de la mente humana, por encima y más allá de toda Lógica actual.

La Lógica llegó a parecerme la obra maestra del racional-

lismo aplicado a la ciencia de la prueba de la verdad. En particular, la Lógica Inductiva, casi toda ella trabajada en el siglo diez y nueve, merecióme el juicio de ser una perfecta adecuación al género de verdades "veterinarias" con que se habían nutrido las clases intelectuales durante los últimos sesenta años.

La Psicología había suministrado los fundamentos de la Lógica, la cual, como si se hubiere construido en piedra, permanecía inmutable, a pesar de los adelantos importantes de la Psicología que le había dado nacimiento. Hízose evidente la necesidad de una ampliación de la Lógica.

La Psicología ha dejado y ade manifiesto que el hombre posee facultades que trascienden el simple razonamiento; facultades capaces de percibir fenómenos y relaciones—por tanto verdades— que no pueden comprobarse por la experimentación externa ni por la analogía, que son los procedimientos implícitos en los diversos métodos de investigación científica familiares a los lógicos. Las verdades de este género sólo pueden comprobarse por la experiencia interna individual o por la intuición de que se está en presencia de una verdad, cuando su descubridor la establece, la declara, la sugiere o la simboliza. Una Lógica nueva debe sustituir a la antigua. Los métodos de investigación de la verdad son más numerosos que los conocidos por la Lógica Inductiva.

El presente ensayo expone uno de estos métodos de investigación, no comprendidos en la enumeración de los lógicos. Esa, precisamente es la importancia que le atribuyo.

Por interesante que me parezca la exposición de la Psicología trascendente del Misticismo, he debido limitar mi pensamiento en este ensayo a la experiencia mística en su relación con el descubrimiento de la verdad y, por lo tanto, con la Lógica que estudia los métodos de investigación de las verdades que son objeto de las Ciencias.

La bibliografía tocante al Misticismo es copiosa. Muy varios son los problemas discutidos, diversos los ángulos de visión adoptados, tan varios, tan diversos que cada escritor juzga oportuno dar principio a su trabajo con una explicación de lo que entiende por **Misticismo**.

A pasara de que la practica me parece de necesidad y conveniencia, me aparto de su ejemplo porque del ensayo mismo se desprende la extensión y connotación del concepto.

Hav un conjunto de ideas místicas diseminadas en las Ciencias y la Filosofía; pero quien las acoge y las expone, no es por ese solo hecho, un místico, de la misma manera que quien acepta y hace suya una determinada teoría artística, no es por tal motivo un artista. Esto es, hay un modo reflejo de pensar místico y hay una experiencia mística con su correspondiente original pensar místico. Esta experiencia y este pensamiento original místico deben comprenderse cuando hago referencia al Misticismo o al pensar místico en el cuerpo de mi ensayo. Sin la expe-

riencia mística no hay místico verdadero. El Misticismo no es un simple sistema filosófico, es mucho más que todo eso: es un grado superior de la evolución de la conciencia.

Los verdaderos Maestros de la Humanidad—todos ellos Místicos—han enseñado al través de muchas edades, que la fuente de todo conocimiento está dentro de nosotros mismos. Un “Conócete a tí mismo” o un “El Reino de Dios está en vosotros” contienen la más profunda enseñanza que los hombres han recibido Y todos cuando dedicaron las mejores energías de su ser al “conocimiento de sí mismo” o al del “reino de Dios” regresaron al mundo de las cosas perecederas con una mayor sabiduría, mayor felicidad y se constituyeron en la piedra de toque de todas las verdades alcanzadas por los hombres en los ámbitos del reino de las apariencias y sombras ilusorias.

Las mas importantes ciencias de la vida, nacen del interior del hombre, como del gusano la seda.

Aún las Ciencias de la Naturaleza descubrirían recónditas leyes, si los representantes de tales Ciencias, tras un severo entrenamiento, limpio de prejuicios, con mas nobles potencias desenvueltas, las dirigiesen a la observación de cuanto ocurre de misterioso y sencillo a un mismo tiempo, en este vasto imperio de seres vivientes que es nuestro organismo. Esto es, la Filosofía Oculta, dejando de serlo, daría explicación de todos los fenómenos de nuestra vida física interna.

La ciencia laica ha trabajado siempre de afuera para dentro. La ciencia de los místicos ha seguido la dirección opuesta. La ciencia laica es la de los bárbaros en via de civilizarse; que toda verdadera civilización es de orden interno y aspira a realizar la felicidad humana. Los progresos del orden material dan el conforto, que es tan solo como el estuche donde podría guardarse el divino presente de la dicha.

Los Místicos, por su parte, han preferido consagrar los esfuerzos de sus potencias trascendentes al conocimiento de las cosas llamadas suprasensibles y rara vez al estudio de los objetos materiales. Y con sólidas razones en su favor, sin duda alguna.

Porque aparte de que el místico busca el acercamiento de las cosas eternas, sabe, por experiencia propia o por la ajena, que los ciegos rien cuando en vidente les habla de la belleza insensible de la luz.

Al místico se le juzga un ser extraño, un desterrado de la cordura y del buen sentido, a quien se oye años mas tarde, con benevolencia, con la sonrisa del compasivo buen humor que perdona los extravíos de la razón. Mientras vive le sigue el gesto desdénoso de todos los que a su lado, se disciernen la palma del buen juicio, de la inteligencia clara y bien equilibrada.

Y no obstante, la infinita belleza del Universo resonaría en el alma de los hombres como la mas celeste de todas las armonías si lo pudiesen ver, oír, oler, sentir, en fin, como lo siente el mis-

tico cuando asciende a su reino espiritual, que sin cesar de ser exquisitamente razonable, está más allá de toda razón limitativa.

El místico, en sus facultades superiormente evolucionadas, posee un instrumento de investigación no igualado por gabinete, laboratorio, u observatorio astronómico alguno. Con él descubre verdades de todo orden, siempre trascendentes.

La Lógica deberá incluir la experiencia mística entre los diversos métodos de la investigación científica, enriqueciéndose y vitalizándose con ello, o resignarse a devenir un bello Partenon levantado por el entendimiento humano, pero de cuyo seno alzó el vuelo augusto y para siempre Palas Athenea, la impeccedera deidad que le sirviera de alma.

Syracuse University,
Junio de 1921.

EL PAJARO LIBRE

En aquel bello país, de eterna primavera, donde los hombres, según dice la Historia, se habían hecho libres por su propio esfuerzo residía una cortísima familia: Abuelo y nieta, los cuales habían ya cicatrizado la dolorosa herida que les infiriera la muerte. ¿La muerte? No, la transitoria separación del hijo amado, caído en la lucha por la Libertad, y de la nuera querida, que escapó al cielo cuando daba entrada por las puertas de este Mundo a Margarita, un Angel que del cielo venía.

Realmente, en aquel país, la palabra Libertad llenaba el ambiente, tanto, que las gentes solían excederse en su nombre.

Margarita tenía quince años y con su abuelo sexagenario y su institutriz, una mujer instruida y buena, ocupaba una soberbia mansión, rodeada de hermoso parque: Cuánta flor, cuanto follaje y cuánta fuente. Allí todo respiraba felicidad. ¿Todo? No. Allí había un esclavo: El sinsonte de Margarita.

El abuelo, varias veces le había indicado con dulzura, que libertara su pájaro, pero ella amaba a su sinsonte y, con dulzura también, se había negado a acceder a las tiernas peticiones del abuelo.

Una mañana, llena de luz y de música, abuelo y nieta cogido del brazo, subieron a la terraza desde la cual se divisaba un hermoso paisaje.

—Abuelo— dijo Margarita deshaciéndose del brazo del abuelo y señalando para un sinsonte— mira que bonita jaula tiene, qué artística y confortable, abuelito, no le falta nada. Tú que crees que él es más feliz fuera de ella.

El abuelo, en mudo reproche, fijó su mirada en los ojos de la nieta, buscando en el fondo de ellos un estremecimiento de piedad que no encontraba. La atrajo hacia sí y le dijo:—Mira Margarita qué mañana más linda; qué cielo más azul y qué ho-

rizonte tan bello y tan extenso; mira los finísimos ralos de sol, semejando hilos de oro, como nos circundan. Allá en la lejanía el bosque umbrío; acá riachuelos rápidos y tortuosos, como serpientes de cristal, deslizándose sobre la ladera del monte; al otro lado el mar rumoroso e intranquilo; aquí flores, perfumes y canciones de pájaros libres. Dí, ¿no es esta jaula más hermosa que la tuya? Tú lo mantienes en una prisión, yo le brindo un paraíso.

—¡Ay! Abuelito; pero allí no hay pastas finas ni agua filtrada para su piquito.

—Algo mejor— contestó el abuelo.

—¡Mejor— interrumpió la niña que las pastas amasadas con la syemas de mis dedos, que son como pétalos de rosa, abuelito? ¡Mejor que el agua ofrecida e nmis labios, que son como la grana abuelito!

El abuelo sintió vocilación; pero tomándole las manos se las manos se las besó y luego la abrazó y la besó en la frente.—Sí— dijo— Algo mejor. Las pastas y el agua que purifican tus manos y tus labios no alcanzan la pureza del fruto sazonado que no ha tocado mano alguna ni de la gota de rocío, que diamantina se posa sobre la hoja.

—Pero abuelito, si él está satisfecho, míralo como salta de un lado para otro, qué alegría y cómo se asoma entre las rejas para verme mejor.

—Eso que tú crees alegría es desesperación, salta de un lado para otro buscando la salida, la libertad que tú le niegas, y si se asoma entre las rejas es para mirar la felicidad que está fuera y que él no puede gozar. Debe ser muy grata para él la libertad cuando no descansa un momento para alcanzarla, día tras día saltando de una reja a otra. Oh! Cómo puede agigantarse la libertad en medio del infortunio!—murmuró el anciano.—Escucha, Margarita, la armonía que se levanta del Parque; cuántos pajarillos cantando a la vez; mira como saltan de rama en rama, cómo vuelan, cómo se bañan en la fuente. Sus cantos son más fuertes y más melodosos; sus movimientos más graciosos y sus plumajes más brillantes. Se regocujan con el amor de sus pichones; y con la amistad de sus compañeros; abren sus alas al sol, duermen a la sombra de los copudos árboles y al rayar la aurora vienen a cantarnos, a darnos su alegría. Ellos son felices, no tienen jaulas.

—Yo lo soltaría— dijo Margarita—pero lo amo tanto, que no puedo, no puedo.

—Pero hija, si el amor es compatible con la libertad. Yo te amo y sin embargo gozo con tu libertad. Tú correteas por el parque y vas al mar al bosque, al monte y a la llanura. Eres un pájaro sin jaula. Lo que tú sientes por el sinsonte no es amor, es egoísmo.

—No abuelito, no, es amor.

Esa noche, después que Margarita se retiró a dormir, el

abuelo llamó a la institutriz y le dijo:—Cuando Margarita se levante mañana prevéngale, de orden mía, que no podrá salir de la casa, ni siquiera bajar al jardín, que esta orden continuará día tras día hasta que yo la suspenda, que le queda prohibido hacer uso del teléfono. Usted recibirá todo slos telefonemas y cuando las amigas de Margarita llamen, usted contestará, advirtiéndoles que ella no puede, por ahora, recibir ni hacer visitas, porque está en la biblioteca con su abuelito haciendo un trabajo urgente, que durará varios días y no puede interrumpirlo.

A la mañana siguiente cuando la niña recibió la orden se quedó confundida, no sabía a qué atribuir la resolución del abuelo. Pensó: no he cometido ninguna falta para que se me prive de la libertad. Después paseó por los portales que dan al jardín y éste le pareció más tentador que nunca, subió a la terraza y el panorama le parecía más bello. Tener el jardín a sus pies y no poder embriagarse con el perfume de sus flores, tener el parque a la vista y no poder solazarse en sus senderos. Ella que acostumbraba a hacerlo todos los días, mañana y tarde. Luego visitó y atendió a su sinsonte.—Oye—le decía— estoy prisionero como tú. Escucha, ¿cuándo tu ama gozará de libertad?

Bajó de la terraza y fué a esperar al abuelito a la salida de su habitación, y como siempre encontró en sus brazos la misma ternura. Esto le extrañó, ni un reproche siquiera. Por fin se decidió a preguntarle, entre melosa y sorprendida— ¿Abuelito, por qué me castigas?

--No es un castigo, amorcito de mi vida. Tú sabes que cuando nos ponemos viejos amamos más y yo quiero tenerte a mi lado, siempre a mi lado. Imagínate que tú eres el sinsonte y que toda la casa es la jaula. Pues bien, yo seré Margarita y te prometo que extremaré mis cuidados contigo; seré más cariñoso, te traeré las más bonitas flores, haremos buena música y cantarás lo mejor de tu repertorio. ¿Para qué salir? Recogerás todo el paisaje en tus lienzos, tú que pintas con tanto gusto. La sala es amplia y hasta danzaremos si quieres, o correrás por los portales y por los corredores; pero, nada de salir fuera.

El primer día se pasó bien; mantuvo cautivado al abuelo con sus tocatas y estrofas. Creyó que todo eso cambiaría al día siguiente. Pero llegó el día siguiente y nada, la orden de encierro se mantuvo. Subió a la terraza provista de pinceles, paleta y lienzo y comenzó a pintar, y absorba en su arte, que brinda horizontes desconocidos, su alma se libertaba por instantes, olvidándose de la prisión del cuerpo y de la orden del abuelo. Cuando daba las últimas pinceladas apareció el abuelo, y ella gozosa mostróle su obra, diciéndole:— Como me pronosticaste, he aprisionado los resplandores de una hermosa mañana. El abuelo alabó la obra con frases cariñosas para la nieta y terminó diciendo: —Sí, hija mía, yo sé que eres una artista aprisionante.

—¿Cómo, aprisionante?—interrogó la niña.

—Sí, tú acabas de decirlo, que has aprisionado los resplan-

dores de una hermosa mañana, y eso es cierto. ¿Y no es cierto también que tienes aprisionado mi corazón?

Esto la conmovió, y pagó la ternura del abuelo con un abrazo, y mientras lo estrechaba, el abuelo balbuceó a su oído—Sí, aprisionante, porque mantienes en prisión un pobre pájaro.

Ella, medio avergonzada, no respondió, y más tarde, silenciosamente, bajaron los dos.

Al tercer día la niña despertó sin alegría y no podía apartar de su mente la escena ocurrida en la terraza el día anterior, sobre todo la palabra “aprisionante”. Recordaba también que, durante el sueño, su alma se había debatido en una lucha terrible y que había resuelto libertar su pájaro.

Ahora comprendía cuan justo y razonable era su abuelo, y pensaba que no era digna de gozar de libertad quien cometía la crueldad de aprisionar pajaritos indefensos.

Subió a la terraza, y qué estrecha y mezquina le pareció la jaula en comparación con el amplio y luciente panorama. Entonces se dió cuenta como la mezquindad del egoísmo ciega, hasta el extremo de hacerse confundir con el amor. Ella que gustaba tanto de la libertad, ¿cómo puede ser carcelera por tanto tiempo?

Se dirigió a la jaula, abrió la puerta, tomó el sinsonte en sus manos, lo llevó a sus labios y lo besó, y lanzó este hermoso pensamiento mientras lentamente alzaba los brazos y daba libertad al cautivo cantor:—Puedan los seres humanos que pueblan el mundo extinguir la crueldad en sus almas y ser generosos con los pobres pajaritos que sufren enjaulados. Que mi mudo ejemplo bendecido por los ángeles, se extienda como una radiante vibración y despierte en el corazón de todas las criaturas el amor por los que sufren.

—;Vuela ahora, pájaro libre!

Al terminar se sintió invadida por una serena alegría, la tristeza se había esfumado y a la extenuación, que deja toda lucha, sucedió la plenitud de poder.

Tomó la jaula y bajó en busca del abuelo. Lo encontró en la biblioteca y allí le mostró la jaula vacía, diciendo:—;Qué crueles son los que aprisionan a los pájaros!

El abuelo lleno de gozo abrazó a la niña y no se cansaba de besar aquella cabecita que le parecía nimbada de luz. Tú también eres libre,—le dijo— Goza de la libertad, que es bien preciado. Corre por los senderos; sacude tu cabellera al viento bajo los rayos del sol; aspira el perfume de las flores en la planta; toma el fruto maduro del árbol, y regocíjate con la alegría de la mañana y con la serenidad de la tarde.

Y dicen que el aura, el bosque, el río, la pradera y el jardín gozaron de nuevo en la presencia de esta alma tierna e inocente, pero que ahora venía engrandecida por la virtud de la magnanimidad.

Juan Cruz Bustillo. M. S. T.

Discurso pronunciado por el Sr. B. P. Wadia

en la Convención anual de la Sección Holandesa,

en Junio 20 de 1921.

Hermanos míos:

Permitidme que os de las gracias por la oportunidad que se me ha dado en esta Convención de transmitir los saludos del Oriente a esta importante Sección. La India es preeminentemente un país al que la Teosofía pertenece, y debemos reconocer, por tanto, que la Teosofía está arraigada allí en un sentido peculiar. La Sección India ha sido, en grado muy marcado, una en la cual se ha realizado el trabajo espiritual de la Sociedad; es la Sección donde se encuentra, en primer término, el Cuartel General de la Sociedad, es el país donde H. P. B. comenzó a dar sus enseñanzas verdaderamente ocultas y por el que ella sentía peculiar atracción, porque reconocía que era la madre patria de los Maestros. Fué allí a donde se dirigió cuando la Sociedad surgió a la existencia; y con ella fué el Coronel Olcott y éste hizo de la India su hogar. Es el país que dió a la Sociedad Teosófica a Damodar y a Subba Row y a donde fueron desde los primeros días de su fundación, los jefes del movimiento: W. Q. Judge, de la América; William Keightley y la Condesa de Wachtmeister, Cooper Oakleys, Brown, Leadbeater, Hartmann y otros de Europa; y allí también fué nuestra gran Presidente, la Sra. Annie Besant.

La Sociedad fué fundada por Maestros que son orientales. Ambos son Hindus, no de la India actual, que necesita ser renovada al igual que vuestros países occidentales, sino de la India de innumerables eones la India donde los grandes Rishis oyeron el canto de los Vedas, el Canto Celestial para el cual son sordos nuestros oídos. En sus bosques, en retiro en las montañas viven hoy los Grandes Seres, como vivieron en sus días de antaño. Durante décadas de siglos estos Grandes Tapasvis, estos Grandes Contempladores, han generado, en sus silenciosas meditaciones, corrientes de energía espiritual y han dado a la India, y manteniéndola en ella, una atmósfera que no puede encontrarse en ninguna otra parte. La India es el Templo del Mundo donde están siempre en gestación generaciones sucesivas de héroes espirituales que mantienen vivo el fuego de la Sabiduría, que alimentan con el aceite del Sacrificio y del Servicio la vacilante Luz que lucha por alumbrar este obscuro mando donde los Siroccos del Materialismo y de la Fe Ciega golpean sin cesar.

La ola espiritual siempre se eleva en el Oriente y se dirige hacia Occidente, rompiéndose una y otra vez en las rocas occidentales. El sol se pone siempre en Occidente; pero siempre surge en el Oriente. Podéis estudiar otras grandes civilizaciones en sus momias y en sus ruinas; pero la de la India podéis estudiarla hoy día en la vida de su pueblo, no la India corrompida, sino la India verdadera que todavía vive. La India vive aún, vibrando con corrientes vitales de espiritualidad. Es el símbolo viviente de la Antigua Sabiduría que siempre vive, y que con periódicos impulsos construye civilizaciones, hasta que la insensatez de los mortales las destruyen.

En un conjunto como el nuestro, donde la sabiduría espiritual es el objeto de nuestros esfuerzos, nuestras mentes y nuestros corazones se dirigen mentalmente hacia el Oriente; debemos esperar una vez más la aurora de un nuevo día en el horizonte oriental. Actualmente, en medio del tumulto del mundo, los más profundos pensadores tienen puestas sus esperanzas en el Oriente, en ese Oriente a donde debéis volver vuestra mirada por un momento, pues allí están los grandes Maestros de Sabiduría, que no sola la enseñan, sino que la viven.

Así al traerlos los saludos de la India, también os traigo los de Aquellos que son los verdaderos Guardianes de la Sabiduría; pues cualquier saludo que venga al Occidente del Oriente, si no viene con los saludos de los Grandes Seres, no es un verdadero saludo oriental. Y si mi presencia en esta Convención puede transmitir este saludo, aunque sea en pequeño grado, entonces la bendición no será para ustedes, sino para mí.

La Rusia, que une geográficamente el Oriente con el Occidente, nos dió a H. P. B. que trajo el Mensaje al Occidente; conforme H. P. B. sufrió en su cuerpo físico, así también sufre ahora Rusia; pero del sufrimiento de H. P. B. vino la Bendición; y del sufrimiento de Rusia, ¿quién puede decir lo que vendrá?

Saludad, por tanto, a los Grandes Maestros que viven en el Oriente y de donde envían sus bendiciones al mundo, tanto al Norte, al Sur como al Occidente.

EL SENDERO DE LA LEY

EL MUNDO

172.—El que deja de ser negligente, extiende en el mundo un brillo parecido al de la luna sin nubes.

173.—Aquel cuyas malas acciones desaparecen bajo las buenas, ese extiende en el mundo un brillo parecido al de la luna sin nubes.

174.—El mundo está en las tinieblas; pocos hombres ven claro aquí abajo. Pocos se elevan al cielo como pájaro escapado

La Búsqueda de la Felicidad ⁽¹⁾

(Por Annie Besant.)

El único punto sobre el cual están de acuerdo todos los seres dotados de sensibilidad, es que la felicidad es deseable; y todos, los más inconscientemente, otros con deliberado propósito, y otros, en fin, bajo pretexto de querer conseguir otro objetivo, se dedican, sin un momento de descanso, a la obtención de ese fin. Si miramos en nuestro rededor, veremos que doquiera se encuentra el hombre en busca de felicidad: en verdad, podemos decir que todo aquello que en la naturaleza tiene vida y está capacitado para sentir, todo aquello que puede experimentar placer y dolor, está preocupado de encontrar la felicidad.

Existen personas que están aparentemente dominadas por la idea de que no está bien el buscar abiertamente la felicidad, o que esa búsqueda es indigna de ellos y entonces la disfrazan dirigiendo su vida hacia otro fin u objetivo. Pero si examinamos con cuidado sus argumentaciones y su conducta nos damos muy luego cuenta de que mientras ellas presentan como objetivo lo que en realidad no es otra cosa que un medio, el hecho mismo de cómo aprecian ese medio, prueba que ellas mismas cierran sus ojos, pues buscan, fijan su atención tan solo en el medio que habrá de ayudarlos a alcanzar el fin que secretamente todos desean alcanzar en lo más íntimo de su corazón.

Muchas personas pueden ser presa de una inseguridad momentánea en su espíritu, si no han reflexionado atentamente sobre este punto, y pueden quizás pensar: "No es más bien la virtud que deseamos alcanzar en nuestra vida, en vez de la felicidad? No consideramos una vida recta más valiosa que la alegría?" Si nosotros analizamos las contestaciones dadas a estas preguntas, veremos que ellas están basadas sobre una errada concepción de los hechos.

Para qué llevarían los hombres una vida virtuosa, si no fuera porque habrían de encontrar en ella una armonía íntima con su propio ser interno y saber que esa armonía es el único medio de alcanzar la felicidad? Veremos, por ejemplo, que cada religión, al referirse a la felicidad de que se disfrutará después de la muerte, habla de ella como siendo el resultado de una vida virtuosa y la considera una recompensa de la virtud.

Y en verdad no estamos equivocados si creemos que la felicidad es el resultado de la Virtud: ésta es el medio de llegar a la felicidad, el sólo medio práctico, porque la felicidad no es sino estar en armonía con la ley divina de la vida.

(1) De la Revista Teosófica Chilena.

Puesto que la naturaleza está basada en la existencia divina, manifestada por una ley y no por caprichos arbitrarios o fantasías, es claro que la obediencia a esa voluntad y la conquista de la felicidad no son sino una misma cosa. En un universo regido por una ley, la felicidad no puede encontrarse sino en la comunión con esa ley; y si esa ley es buena, si ella es, como sucede, una expresión de la naturaleza divina, resulta que la virtud es el único camino que lleva a la perfecta felicidad. La piedra de toque de la vida virtuosa estará en que ella conduzca o no, a fin de cuenta, hacia la felicidad.

Si estudiamos atentamente esta cuestión y si somos francos para nosotros mismos, estamos obligados a reconocer que una línea de conducta que lleva hacia un sufrimiento siempre mayor y que no puede tener como objetivo sino un dolor perpétuo, tiene que ser idéntica a lo que sea contrario a la ley, igual a lo que nosotros definimos como estado fundamentalmente Vicioso y no Virtuoso.

El acuerdo que existe en la manera de pensar de todos los seres, que ven en la felicidad el resultado inevitable de la Virtud, no es sino el impulso instintivo de la naturaleza humana, que, sabiéndose divina sabe que la bienaventuranza es su patrimonio intangible.

Las Escrituras hindúes y la Revelación cristiana, nos enseñan que Dios es Bienaventuranza, que Brahma es Bienaventuranza. Ambas enseñan que la esencia misma de la divinidad es felicidad y no sufrimiento, alegría y no tristeza. Lo que ha impedido el considerar esta realidad como la verdadera finalidad del hombre, es que, en muchas ocasiones, en el curso de la evolución, es necesario soportar una pena pasajera para obtener una felicidad más durable sacrificando lo inferior para alcanzar lo superior, lo pasajero por lo perdurable; de ahí que la virtud, que significa esencialmente bienaventuranza eterna, puede algunas veces, durante ciertos períodos, hacernos hollar un camino de dolor y de renunciaciones. Y aún en esos momentos una alegría interna, más fuerte que el dolor superficial, da fé de la identidad del bien y de la felicidad.

Sin embargo, soportamos ese dolor y hacemos esas renunciaciones, pues sabemos que son pasajeras, mientras que la felicidad es permanente: y si nos damos cuenta que una alegría pasajera da nacimiento a una desgracia permanente, nos damos cuenta que esa alegría no merece nuestra atención y volveremos a ese instinto interno de nuestra naturaleza que nos dice que el bien y la felicidad son esencialmente idénticos, que la pena sigue las huellas del mal, según dijo el Señor Budha: "como las ruedas del carro siguen los pasos de los bueyes", que, por la ley eterna lo que es bien significa esencialmente bienaventuranza, mientras que lo que es mal conduce inevitablemente al dolor. El hombre se dedica al mal, engañado por una apariencia temporal, porque es ignorante en vez de ser sabio, porque está cegado por la forma

transitoria y que la realidad que se encuentra bajo esa forma está velada para él por falta de conocimiento de sí mismo y de ciencia.

El instinto íntimo del hombre que lo induce a buscar la felicidad está plenamente justificado tanto por la religión como por la filosofía. Ya he dicho que todas las religiones del mundo hablan de la felicidad como de un resultado producido por la conducta virtuosa; todas las filosofías del mundo—que proporcionan una forma intelectual a los caminos que el hombre debe seguir inteligentemente—son presentadas tanto expresa como implícitamente como medios de substraerse al dolor. Cada gran escuela de filosofía hindú afirma buscar la supresión del dolor. Esta búsqueda se presenta como la última finalidad de la filosofía; y se justifica declarando que siendo Bienaventuranza el Ser supremo, y siendo la sabiduría verdadero conocimiento de Dios y que la felicidad está inevitablemente contenida en ese conocimiento, como lo está la luz en el Sol.

Reconociendo esta verdad, tanto desde el punto de vista religioso y filosófico como desde el punto de vista práctico, me propongo buscar, en vuestra compañía, el mejor medio de encontrar la felicidad, de manera que, si es posible, cada uno de nosotros, sintiendo en su corazón esa aspiración, pueda conocer cuál es el camino mejor para alcanzarla.

El sufrimiento del mundo es producido por su ignorancia; la pena del mundo proviene de las ilusiones que se forja. Los hombres persiguen lo que imaginan que les ha de proporcionar felicidad y muchas veces ésta se escapa de sus manos justamente cuando creen que se han adueñado de ella, de manera que la vida humana, casi siempre, no es sino una sucesión de desengaños, lo que no obsta a que la indestructible sed de felicidad empuje al hombre a proseguir afanosamente en su búsqueda sin fin.

Ahora bien, para saber lo que habrá de ser para nosotros la felicidad, es necesario que conozcamos algo de nuestra naturaleza, que comprendamos sus necesidades, sus exigencias, sus deseos y que seamos capaces de descubrir la mejor manera de satisfacerlos. Y para esta investigación, sería muy bueno que cada uno de nosotros hiciera desaparecer de su corazón esa vieja superstición de que hay algo reprehensible en el hecho de sentirse feliz, de que debe sentirse vergüenza de haber encontrado la felicidad y gozar de ella, y que no creamos ya que la horrible tésis predicada por el calvinismo, que dice que la tristeza es más grata al ser divino que la felicidad, pueda ser cierta y que El, cuya esencia más íntima es Bienaventuranza, pueda sentir enojo contra sus hijos porque éstos son felices.

Supongamos que nos hallamos libres de esa superstición—y hago votos porque ella salga del corazón de los hombres con la misma facilidad con que las palabras salen de mis labios—y entonces, considerando nuestra naturaleza y sus deseos, podemos esperar perder el menor tiempo posible hollando falsos senderos.

Podemos esperar utilizar la experiencia de la vida en la mejor forma posible, y a la vez de tal suerte que ayude con la mayor eficiencia, a la marcha de la evolución.

Hemos visto muy a menudo que la naturaleza del hombre puede ser considerada, para facilitar su estudio, bajo cuatro aspectos principales:

a) Poseemos una naturaleza física rodeada por un mundo físico; en este mundo el vehículo de nuestra conciencia es el cuerpo físico; todos los objetos que el mundo nos presenta son objetos que nos atraen o que nos repelen, sea que ellos nos produzcan placer o dolor.

b) Observando más hondamente, encontramos las emociones, es decir, la naturaleza emocional del hombre. Estas emociones pueden ser satisfechas principalmente por las relaciones que establecemos con los seres humanos que nos rodean, por el intercambio que hacemos con ellos de energías vitales. Pero también estas emociones encuentran fuentes de placer o de dolor en otros objetos del mundo que nos rodea, objetos que las despiertan que o les proporcionan la vida y las destruyen, o que las sacuden fuertemente, engañándolas, y deteniendo su expansión. Todo el maravilloso mundo del arte, de la belleza, todo lo que la naturaleza nos ofrece de espléndido bajo la forma de paisajes, colores, luz, sonidos, todas estas cosas satisfacen a las fuerzas emotivas que están en nosotros. Esta satisfacción procede del contacto de estas fuerzas con las vibraciones armónicas de la naturaleza, a las que, a nuestra vez, nosotros respondemos armoniosamente por nuestras emociones. Existe por tanto un segundo aspecto de nuestra naturaleza que puede verse satisfecho o privado de satisfacción y que estará relacionado de manera muy definida con la búsqueda de la felicidad; es necesario comprenderlo para orientarse en las investigaciones con sabiduría e inteligencia.

c) Por medio de un examen aún más detenido, encontramos después un aspecto intelectual en el cual el pensamiento y la razón, la alegría de la investigación y del conocimiento, el placer de emplear la inteligencia, de conquistar una idea nueva, son fuentes de felicidad y proporcionan los goces más elevados a los que han desarrollado ese aspecto de su naturaleza.

d) Y, cuando hemos visto y comprendido estos tres medios de expresión—el cuerpo, las emociones, y la inteligencia—nos damos cuenta de que aún cuando todos están satisfechos, puede sin embargo, quedar algo en las profundidades más íntimas de nuestra naturaleza, un deseo que pide ser satisfecho. Es ese instinto humano que renace eternamente, a pesar de todas las decepciones, de todos los fracasos pasajeros; la aspiración del Espíritu humano hacia la Fuente divina de la que emanó, hacia la perfección, la sed ardiente que el hombre siente por Dios.

(Continuará).